



*Juan Torres
grueso.*

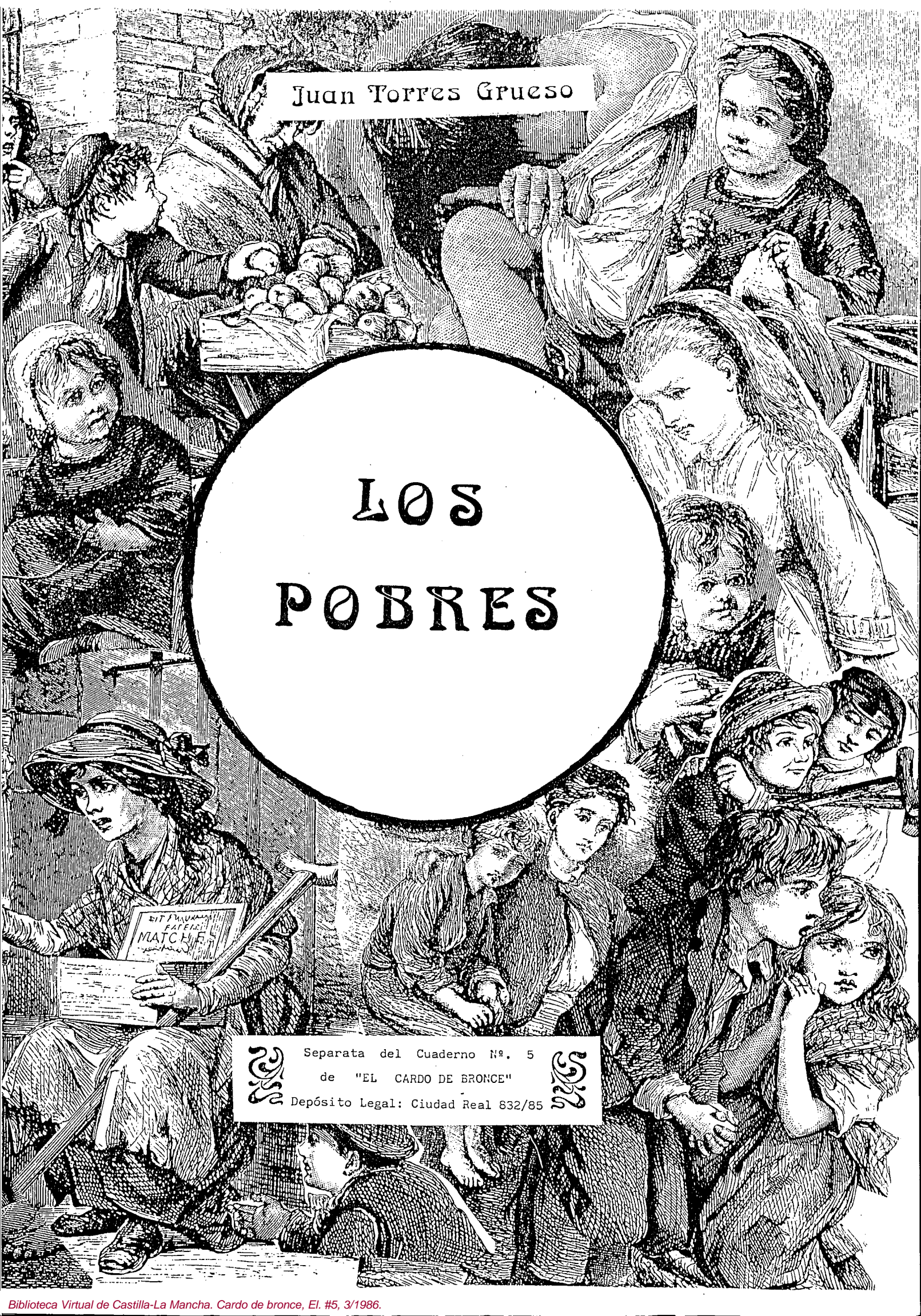


**LOS
POBRES**

PUBLICACIONES DE "EL CARDO DE BRONCE"

TOMELLOSO





Juan Torres Gueso

LOS POBRES



Separata del Cuaderno N.º. 5

de "EL CARDO DE BRONCE"

Depósito Legal: Ciudad Real 832/85





De Juan Torres Grueso (1912-1982), autor de "Tierra Seca", "El Beso", "Ahora que estoy aquí", "Estampas de mi tiempo", "Meditaciones en Ruidera", escribiera Carlos Murciano que la veía entregando constantemente lo mejor. Adelantado de la tierra por la que vivió y en la que vivió, y bajo cuya costra seca, si con fuerza calamos, encontraremos siempre la hermosa verde rama nueva de la fe y la esperanza. Gerardo Lentini tradujo al italiano en "Edizioni Salvatore Sciascia", Caltanissetta-Roma, en 1959, su libro autorretrato "Tierra Seca" junto con el breve poemario "Los pobres", que completo, resplandeciente y testimonial, "EL CARDO DE BRONCE", ofrece ahora como muestra de su mejor lírica y su más honrado testimonio existencial.



De todo mi afecto y
consideración
Amor y respeto

ALGO SOBRE LA POESIA DE JUAN TORRES GRUESO



e duelen los quicios de las puertas cerradas al amor" escribe Juan Torres Grueso. Juan Torres Grueso es un poeta de Tomelloso que requiere ser releído. A veces se cometen dolorosas e imperdonables injusticias que necesitan urgentemente repararse. Juan Torres Grueso, autodidacta de Tomelloso, labrador e industrial de Tomelloso, advirtió un día que las puertas del corazón se le abrían de par en par, y, asomándose a los paisajes altos y profundos que desenreda la poesía comenzó a sentirse más humano, más él mismo, con más bondad en la mirada, con mayor proximidad entre sus manos temblorosas. La poesía hizo un milagro en la persona y en la vida de Juan Torres Grueso. Lo convirtió. No es que, antes de echarse a mirar con fijeza el resplandor que prodiga la inspiración y el laboreo de la palabra poética, fuera Juan Torres Grueso persona de poco convencimiento proximal, pero sí que, después, a base de sacar a la luz libros como "Tierra Seca", "Antología italiana", "Estampas de mi tiempo", "Ahora que estoy aquí", "Meditaciones en Ruidera", "El beso" o "Los pobres", varió luminosamente su talante y acontecer. Juan Torres Grueso nació para sí mismo y para los demás, con una nueva existencia sobrecogedora, cuando nació, allá para el año 1955, a la poesía. Juan Torres Grueso tiene cuarenta y tantos años cuando publica sus primeros versos. Llega, pues, a la literatura con las alforjas repletas de muchas desesperanzas y de no pocas desilusiones entrañables. Y empieza a abrir quicios a las puertas cegadas a las amanecidas y a los anocheceres fríos de una existencia que, con harta frecuencia, nos niega la ternura y la caridad. Con los dedos de la poesía rozándole despacio los párpados, empezó Juan Torres Grueso a sentir la necesidad de tener que comprarle un río a su hija, a notar que las manos de los pobres nos hablan sin palabras, a advertir que le dolía su tierra y sus caminos, que hay hambre en la mirada de los hombres, que acarreaban desconsuelo los vientos de su carne... El encuentro con la poesía cambió el sino y las maneras de Juan Torres Grueso. Y Tomelloso ganó un hombre nuevo. Un hombre que cruzaba las calles de su pueblo mirándolas con el sol dentro de su alma, este sol y este ramo de palabras fervorosas que el presente pliego de "El Cardo de Bronce" intenta rescatar del olvido por parte y arte de la querencia inigualable de Tomás Casero Becerra. Tomás Casero Becerra continúa siéndole excrupulosamente fiel a Juan Torres Grueso, de cuya mano y magisterio entró también en el mundo predilecto y soleado de la poesía. Tomás Casero Becerra ha ido a lo largo de toda una vida silenciosa guardando con exquisito respeto, en sus carpetas íntimas, la voz lírica y solidaria de Juan Torres Grueso. Ojalá que

todos los poetas tuviesen en su biografía algún que otro Tomás Casero Becerra, que también se ha convertido al amor gracias al auxilio bienhadado de la poesía.

Tomelloso, que estará permanentemente en deuda con sus poetas y ha entrado en la historia de la literatura merced a nombres tan importantes para las letras españolas contemporáneas como Francisco García Pavón, Eladio Cabañero, Félix Grande, José López Martínez, Dionisio Cañas, etc., tiene el deber de no olvidar a Juan Torres Grueso, que no es, no, un poeta menor que se perdiese entre los mentados anteriormente, sino un hondo escritor que requiere ser releído. El presente poemario que tradujo al italiano Gerardo Lentini y ofreció a la stampa en 1959, en Edizioni Sciascia, Caltanissetta-Roma, pretende ser un homenaje al autor de "Tierra Seca" y "Ahora que estoy aquí" para que quede constancia en su pueblo y en la Mancha de un hombre bueno que se hizo mejor por medio de la poesía. "Los pobres" es un puñado de plegarias, un breviario de amor y de acercamiento al mundo rural y sufriente de una tierra áspera y maravillosa. Hay muy escasa retórica y muy pocas concesiones al entretenimiento verbal en este librito resplandeciente. De ahí que su lectura actual no haya perdido fuerza y testimonio con el paso del tiempo. Juan Torres Grueso nos ofrece en este cuadernillo una poesía sencilla, entre lorquiana y manchega, que posee la capacidad de entrelazar lo mágico y lo metafísico a la vez; una poesía que nos muestra el don poderoso de redimir vocablos y llenarles la intimidad de pájaros muertos, de mujeres tristes, gañanes y caballos en un paisaje de sufrimiento y de pobreza que él anhelaba redimir.

El Grupo Artístico y Literario "Jaraíz" se honra sobremedida en recordar a Juan Torres Grueso. Ojalá aquellos a quienes le corresponde se decidan un día a reunir su obra entera en un volumen necesario. Mientras, "El Cardo de Bronce", llevado por la admiración y el aprecio, publica ahora a su manera artesanal y modesta, esta poesía inédita, en la que el poeta de Tomelloso se nos entrega de alma y cuerpo enteros. A través de estos versos se nos da acceder a una poética, honda y transparente, humana y auténtica, de talante casi franciscano y proximal muy verdadero. Juan Torres Grueso veía a los hombres de su tierra "con las manos cargadas de trabajos, con los ojos llenos de hermosa mansedumbre, con el corazón acarreado, espuerta a espuerta, carro a carro, mundo a mundo, la alegría". Era, sí, un tanto triste Juan Torres Grueso, con la melancolía propia de los hombres y mujeres de Tomelloso a quienes les duele "la aurora que no llega y el estar siempre y siempre sin colchón ni siembra", pero añoraba con paciencia infinita la luz. Juan Torres Grueso entendió muy bien a Tomelloso, aunque Tomelloso no llegue a conocerle a él del todo. Cuando han transcurrido cinco años de su despedida, y la distancia concede más amor y transparencia, los editores de estas poesías quisieran lograr un acercamiento más prieto y querencioso al poeta y al hombre, al hombre y al poeta que fue Juan Torres Grueso. En "Los pobres", Juan Torres Grueso se nos quedó sinceramente retratado. La poesía y la poética que en este pliego se delatan, nos muestran un contentamiento que sólo los limpios de corazón pueden descubrir, así como una opción

por la palabra con capacidad salvadora, la misma sin duda que a él le salvó cuando se dió cuenta de que le dolían "los quicios de las puertas cerradas al amor".

Valentín ARTEAGA



TODO Y NADA

Su posible latido se quebró en la mirada.
Todo es blanco en el cuerpo
que se queda sin alma y sin distancia.



LAS MANOS DE LOS POBRES

Tienen cinco veredas
que les surcan el pecho
y nos cavan el alma.

(Son como cinco azadones
cultivando enramadas)

Tienen cinco esperanzas
que dibujan mil dedos
floreciendo una gana.

(Son como cinco señales
alertando una calma)

Tienen cielos abiertos
como norias sin sueños
que libertan cien alas.

(Son como cinco misterios
trasegando cien ansias)

Las manos de los pobres
nos hablan sin palabras.
Los dedos del Dios-Niño
nos barbechan y labran
la fuente del milagro
en ellos derramada.

(Son hombres, casi niños,
con ojos que dibujan cien llamas)



" Son hombres, casi niños, con ojos
que dibujan cien llamas. "

" Me duelen los quicios de las puertas
cerradas al amor ... "



LA LIMOSNA

Me duele mi tierra y sus caminos.
Me duelen los pobres y su herencia.
Me duele el dolor; me duele el alma,
la espera larga,
la cerrada puerta,
la aurora que no llega y el estar
siempre y siempre sin colchón ni siembra.

-Los pobres, Señor,
en su antojo de sed
tu agonía recuerdan.-

Me duelen sus ojos de sonámbulos.
Me duelen sus noches entre nieblas.
Me duelen sus huesos cuando andan,
me duelen sus manos cuando tiemblan,
y el latir de su sangre, y su pereza,
y sus gritos lamiendo en el silencio
de nosotros que ignoramos su espera.

-Son los pobres, Señor,
que a tí se acercan--

Me duelen los quicios
de las puertas
cerradas al amor,
a la miseria abiertas.
Me duelen las sombras
que lancean
el terrible espantajo del dolor;
y la azufrada carne en labios nuevos
sin posible salida de un feudo que los seca.
Y me duele, Señor, me duele la limosna
que piden allí donde los muertos llegan:
que son los cementerios
una sala de espera,
con tanto pobre vivo
y tanto muerto a cuestas.

HAMBRE

Hay hambre en la mirada de los hombres;
hay hambre en el silencio de las piedras;
hay hambre que te grita y que te duele
escondida en el aire que nos llega.

Hay hambre en la mirada de las madres
que se cansan de secar ojos marchitos;
hay hambre en el recodo de las sombras
y hay hambre en el silencio y en los gritos
que rondan las plazuelas ya desiertas,
y hay hambre en el dolor de tantos partos
llegados en el carro triunfal de la pobreza.

Hay hambre en el dolor
de un vivir sin cosa cierta;
hay hambre, ¡oh, Señor, Señor!,
la sangre en Tu Costado, ¡cuánto cuesta!

(Cuando cae la tarde,
y se visten de sombra las estrellas
y el Angelus recoge los silencios
del aire y de las piedras,
el hambre se apodera de los cuerpos
y canta perezosa su canción
de angustia y de miseria.)



LA VEJEZ



Me está doliendo
la sangre
que anda suelta
por mi cuerpo.
Y por dolerme,
me duele el aire que apenas
bebo,
y el vino que no trasiego.
Y los vientos de mi carne
me acarrearán desconsuelo...

PRESENCIA ACUMULADA

Tenéis, amigos, un sueño en cada luna.
Tenéis, amigos, de vuestro amor el gozo;
y andando está la noria repetidora y pura
mirándose en su espejo, su manantial, su pozo.

El paso de las horas sembró nuevas raíces.
El tiempo quedó quieto. Se amuralló la yedra,
y el dolor no es dolor sin cicatrices
ni la muerte es la vida sin la piedra.

La sombra se va porque de sombra y polvo somos.
Se va la vida porque la muerte nos enreda,
y al tocar la otra orilla, sin noche ya, nos vamos,
pero la sombra -nuestra sombra- en los hijos queda.



AUSENCIAS

Amigo, que amigo eres,
por qué camino andarás.?

(Hecho romance pequeño
de apretado vendaval,
catador de locos vinos
por las ausencias se va.

Atajo de muertes chicas.
Nubes que lo veis pasar.
Vientos que rozáis su frente,
¡decidle que a dónde va!)

Amigo, que amigo eres,
asómate a tu portal
y verás crecer la yerba
de tu mismo vendaval.

Por qué camino andarás
amigo, que amigo eres.?

.....

...y cuando el viento se duerme
díme, Señor, donde está.?



CONFESION

Porque me acuerdo siempre
de los que están solos,
hago oración todos los días;

porque no olvido nunca
a los enfermos,
me duele el horno de su calentura;

porque van conmigo
los que algunas veces lloran,
en mi corazón tienen cobijo;

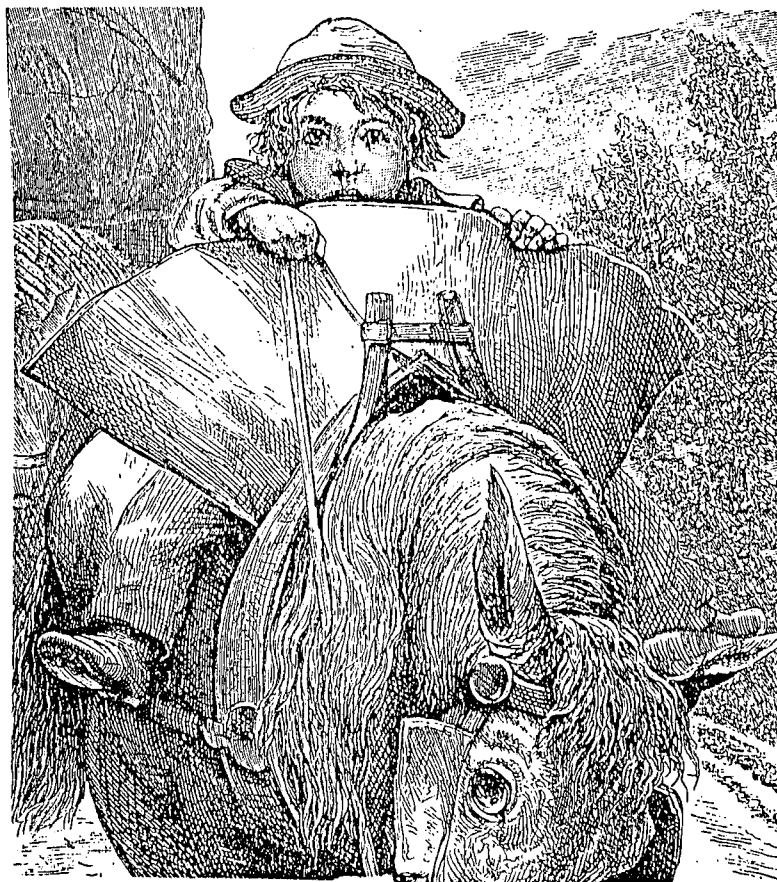
porque amo la justicia,
al mundo pido comprensión
para que pueda salvarse;

Porque no se agota
mi capacidad de sorpresa,
tengo la hermosa curiosidad del niño;

porque nada en la vida
me es extraño,
pido perdón para que me perdonen.



LOS CAMPESINOS



Ellos saben que vienen de la tierra.
A ella están pegados y, sumisos, constantemente giran
gritándole a las madres sus sentires redondos.
En un abrazo fuerte le ofrecen su pesar,
y el aire corre y vuela la carne de sus lágrimas
y el sueño que, perdido, se quedó sin labrar.

Aceptan el camino sin mirar su retorno.
Tienen el ruido sordo de las playas y el mar.
Hacen frente a la vida ignorando su suerte,
y reclaman espacios de vitales constancias
sin que nadie, a la puerta, les salga a esperar.

Y son felices ellos porque ignoran qué es eso.
Ellos son fieros nobles con almas repetidas.
Y no tienen noticia de tales atributos
hasta que se reencuentren con su sombra hecha Vida,
y el viaje alcanzado en su claro nocturno
con la planta amarilla de sus pies sin andar.

EL POETA DIALOGA CON SU HIJA

Quiero que me compres un río;
un campo con muchas flores,
y su aurora y su rocío.

Si comprar, comprar pudiera,
yo te compraría la noche,
y con la mejor estrella
te engazaría el mejor broche
para que estuvieras bella.

Y te compraría una fuente
de plata y seda. Y de oro
un surtidor muy pequeño,
y de Ángeles un coro,
y un cielo para tu sueño.

Y te compraría la espuma
de la virtud más sencilla;
y la inquietud de los trigos
que siempre hacia el cielo miran.
Y la virtud del que sufre
y tiene en lugar de llanto
la expresión de una sonrisa.

Y te compraría el dolor
para hacer mayor tu fe,
que sólo angustia y amor
nos llevan a ese querer
que nos acerca hacia Dios.

(El padre, despierto, soñaba,
y la niña en sus brazos dormía;
la noche despacio llegaba,...
y la niña, entre sueños, reía.)



COMO LLEGA LA CALMA

a Juan Alcaide

Y viniste en silencio
como llega la calma,
despues de haber parido
las cien llanuras altas.

No sé como llegaste
de la hondonada clara.
Apenas si alguien supo,
allá en la madrugada,
de tu dolor primero
salado como lágrimas
y tu herida latente
como una cruz clavada.

Y porque fue el consuelo
tu gracia y tu manera
supiste hacer camino
de tierra que pan lleva,
con los agrios del cierzo
en desvelada espera.

A las gentes que llegan
y cruzan nuestra Mancha
con ojos de pereza
grítales, Juan Alcaide,
la fuerza de tu tierra
y enséñales la arcilla
de tu sangre hecha pena.



En señales el viento
y enséñales el fuego
que esconde la llanura;
enséñales su cielo
y enséñales la calma
de su divina altura.

Enseñales la angustia
resignada y paciente
de un cielo que no cambia;
y enséñales los pechos
rasgados de las cepas
destilando su savia.

Díles tú qué es amor
y enséñales el alma
sencilla de la estepa;
y que tus labios lleven
-acumulen y aticen-
tu verbo de Poeta.



